

**LOS GOBIERNOS PROGRESISTAS EN AMÉRICA LATINA. EL DEBATE
SOBRE SU NATURALEZA Y ECLIPSE.**

Jorge Hugo GONZÁLEZ PAREDES¹

Carlos FIGUEROA IBARRA²

Resumen:

En este artículo se pretende participar en el debate sobre la naturaleza de los gobiernos progresistas al igual que con respecto a un supuesto fin de ciclo de los mismos. Se sostiene que a partir de la caracterización con respecto a la naturaleza de los gobiernos progresistas, se desprende una postura política que mira a los gobiernos progresistas como continuidad neoliberal o la recupera como un fenómeno progresivo y de negación del neoliberalismo. Desde la izquierda y desde la derecha se ha criticado severamente a dichos gobiernos y acaso eso influya en aventurar el que su ciclo haya terminado. Existen al menos cinco caracterizaciones de los gobiernos progresistas: la perspectiva de la derecha neoliberal, la propuesta de la izquierda posextractivista/posdesarrollista, el

¹ Doctorando del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

² Doctor en Sociología. Profesor Investigador Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Especializado en estudios sobre sociología política, violencia política y procesos políticos latinoamericanos.

Fecha de recepción del artículo: Septiembre 2019

Fecha de evaluación: Noviembre 2019

planteamiento de la izquierda autonomista, la crítica de la izquierda con horizonte socialista y el enfoque de la izquierda posneoliberal de matriz marxista. Los autores suscriben éste último.

Palabras clave: Fin de ciclo, gobiernos progresistas, neoliberalismo, derecha, izquierda.

Abstract

In this paper the authors try to participate in the debate about the progressive government's nature at the same time they explore about the supposed end of cycle of these governments. The authors sustain that characterization of the progressive government's cause a political perspective that see these governments as continuity or negation of neoliberalism. From the left and from the right, the progressive governments have been severely criticized and probably these critics influence in the assertion about the end of cycle of the progressive governments. There are at least five characterizations of the progressive governments: the neoliberal right perspective, the approach of the postextractivist/postdevelopment left, the proposal of the autonomist left, the critic of the left with socialist horizon and the perspective of the posneoliberal left that comes from a marxist matrix.

Keywords: End of cycle, progressive governments, neoliberalism, right, left.

Resumè:

Cet article a pour but de participer au débat sur la nature des gouvernements progressistes ainsi que sur leur supposée fin de cycle. Il est avancé que, selon la nature des gouvernements progressistes, une position politique apparaît, qui considère les gouvernements progressistes comme une continuité néolibérale ou la recouvre comme un phénomène progressif et négatif du néolibéralisme. De la gauche et de la droite, ces gouvernements ont été sévèrement critiqués, ce qui a peut-être une influence sur le risque de voir leur cycle terminé. Il existe au moins cinq caractérisations des gouvernements progressistes: la perspective de la droite néolibérale, la proposition de la gauche post-extractiviste / post-développementaliste, l'approche de la gauche autonomiste, la critique

de la gauche à horizon socialiste et l'approche de la matrice post-néolibérale de gauche
Marxiste Les auteurs souscrivent à ce dernier.

Mots-clés: fin de cycle, gouvernements progressistes, néolibéralisme, droite,
gauche.

1. Introducción.

En este trabajo se explora el debate que ha habido en los últimos años con respecto a la naturaleza de los gobiernos progresistas. También acerca de la aseveración de que el ciclo de los gobiernos progresistas ha terminado. Sostenemos que a partir de la caracterización con respecto a la naturaleza de los gobiernos progresistas, se desprende una postura política que descarta a la experiencia de los gobiernos progresistas o la recupera como un fenómeno progresivo y de negación con respecto al orden neoliberal. La primera perspectiva tiene una vertiente de derecha y la crítica parte de una descalificación de los gobiernos progresistas por considerarlos una aventura populista o desde una perspectiva de extrema derecha, como una suerte de comunismo embozado. También existe una segunda perspectiva, esta vez desde la izquierda, en la negación de los gobiernos progresistas. Ésta considera a la experiencia progresista, una continuidad más o menos encubierta del orden neoliberal establecido en el mundo actual y les reprocha su persistencia en el extractivismo o bien su incapacidad para plantearse un programa socialista. Así las cosas, en este artículo sostenemos que existen al menos cinco caracterizaciones de los gobiernos progresistas: la perspectiva de la derecha neoliberal, la propuesta de la izquierda posextractivista/posdesarrollista, el planteamiento de la izquierda autonomista, la crítica de la izquierda con horizonte socialista y el enfoque de la izquierda posneoliberal de matriz marxista.

Además del debate con respecto al carácter de los gobiernos progresistas, las derrotas electorales desde 2015 de los partidos que los impulsan y sostienen, ha hecho surgir una

nueva controversia, la del fin de ciclo de los gobiernos progresistas. Desde nuestra perspectiva los intelectuales de izquierda críticos con los gobiernos progresistas, son precisamente los que con más entusiasmo han planteado la hipótesis de un fin de ciclo. Consideramos que tal hipótesis tiene tensiones, es controversial y está vinculada con propuestas de estrategias de cambio social que son imposibles de llevar a la realidad en la correlación de fuerzas internas y externas que predominan actualmente en el mundo. Por su parte, la argumentación desde la derecha de la hipótesis del fin de ciclo, esconde un interés político que genera una propaganda ideológica con respecto a los gobiernos progresistas. Esta propaganda busca demostrar la inviabilidad de un mundo distinto al neoliberal y en términos políticos busca restaurar el retorno de las oligarquías que han sido desplazadas total o parcialmente del poder político.

2. La perspectiva de la derecha neoliberal.

Para la derecha neoliberal, los regímenes políticos de izquierda que predominaron en los últimos años en América Latina están llegando a su fin. Entre las causas que explicarían esta situación se encuentran la corrupción y el despilfarro de recursos públicos que efectuaron estos gobiernos (Financial Times, 2017); el fin del auge de los *commodities*: sobre todo la disminución de los precios del gas y el petróleo, ha llevado a la crisis política y social a estos regímenes de izquierda que sustentaron sus programas sociales en la captación de ingresos por la exportación de materias primas (Oppenheimer, 2017). Pero la causa de fondo se encontraría en la propia naturaleza de estos *gobiernos populistas de izquierda*, que obstaculizaron el funcionamiento de la democracia. En la perspectiva neoliberal, estos regímenes se caracterizan por el vínculo directo que se establece entre el líder político y la voluntad popular, pero por encima y al margen de las instituciones. El líder populista se presenta como el redentor del pueblo que podría resolver por decreto y de manera providencial los principales problemas de la sociedad, concentrando la autoridad en su personalidad, carisma y demagogia.

Un resultado adverso de esta práctica es que se hace un uso indiscriminado de los recursos públicos para el enriquecimiento personal del populista y se fomentan relaciones clientelares

entre gobernantes y gobernados. Esto a su vez genera el incremento de la deuda pública que termina por pagar toda la sociedad.

Pero además el populista incita al odio interclasista contra los más ricos a pesar de que atrae a los empresarios “patriotas”. De hecho el populismo niega o rechaza la crítica y con esto termina por eliminar uno de los principios básicos de la democracia liberal: la libertad de expresión. Para encubrir los fracasos y errores internos, el populismo recurre a la propaganda ideológica para fabricar un enemigo externo. Tal fue el caso de Hugo Chávez que llevó la retórica antiestadounidense a límites extremos al movilizar a la población venezolana contra una posible invasión que solo existía en su imaginación (Krauze, 2005)

De esta manera el populismo:

“...alimenta sin cesar la engañosa ilusión de un futuro mejor, enmascara los desastres que provoca, posterga el examen objetivo de sus actos, doblega la crítica, adultera la verdad, adormece, corrompe y degrada el espíritu público” (Krauze, 2005)

Por estas razones el populismo debe ser evitado o suprimido porque al subvertir los principios de la democracia liberal –la división de poderes, el respeto al estado de derecho, la transparencia en el proceso electoral, garantizar la libertad de expresión, etc.-, el régimen político puede desembocar en una auténtica dictadura. El mejor ejemplo sería la dictadura instaurada por Hugo Chávez en Venezuela, y continuada por Nicolás Maduro, que según esta narrativa de derecha ha generado una verdadera tragedia en el país sudamericano: hambre, inflación, desabasto, desnutrición, insalubridad, opresión política y crisis social. Aterrado por la tiranía que se vive en Venezuela, Enrique Krauze señala que Venezuela se ha convertido en un cotidiano Tiananmen y de manera casi explícita llama a una intervención internacional que no sería otra cosa que la de los Estados Unidos de América (Krauze, 2017).

Las raíces del populismo en América Latina tendrían su origen en el vacío de legitimidad que dejó la disolución del imperio español a inicios del siglo XIX. Esto provocó que el poder central se dispersara regionalmente para favorecer a los caudillos sobrevivientes de la guerra de independencia que sustentaban su legitimidad en el carisma. El caudillismo se reforzaba con el modelo de Estado patrimonial español, que mediante el corporativismo, enajenaba y ejercía el poder de manera autoritaria. A pesar de que las constituciones de los nuevos países se inspiraban en las experiencias de Inglaterra y Estados Unidos, en la práctica se

mantuvieron formas políticas *premodernas*. En el siglo XX, el caudillismo patriarcal se volvió populismo (Krauze, 2015).

Para superar estos viejos arquetipos novohispanos vigentes en pleno siglo XXI, la derecha neoliberal es partidaria de implementar reformas sociales en estos países para abrirlos a la competencia internacional en la industria y el comercio, el arte y el pensamiento (Krauze, 1986: 12). Debido a que las empresas estatales son ineficientes y generan corrupción patrimonial, el gobierno debe ser mucho más drástico en su política de recorte y privatizaciones estatales. Pero la modernización económica neoliberal se debería complementar con la competencia política interna para instaurar un auténtico régimen democrático.

Para plantear la hipótesis del fin de ciclo a partir de los problemas que genera el *populismo*, la derecha neoliberal tiene como bases teóricas los postulados del *liberalismo económico* y la *democracia liberal representativa* que se desarrollaron en Europa Occidental en el siglo XVIII. Los principios de este tipo de democracia radicarían en: la división de poderes, eliminación del nepotismo y el clientelismo instaurando el servicio público de carrera, fiscalización de recursos públicos a través de una superintendencia o contraloría; implementar un sistema de partidos políticos que abra opciones de participación política a la clase media y a la nueva burguesía industrial y comercial para promover una competencia “pacífica y democrática” por el poder central; elección de representantes públicos a través del sufragio universal; mayor participación de la sociedad civil a través de los grupos de presión: sindicatos, comités civiles, asociaciones, etc.; respeto a la libertad de expresión y el surgimiento de una prensa plural, autónoma y crítica que vigile el desempeño de los otros poderes, y contribuya a la formación de una cultura política entre la ciudadanía (Krauze, 1986: 56-60). Además El Estado tendría que garantizar la defensa de la propiedad privada para evitar el conflicto social y el retorno a un estado de naturaleza (Hobbes, 2001: 203).

Según la doctrina del liberalismo económico: “...los hombres se guían por conductas egoístas y al competir entre ellos por alcanzar un mayor beneficio material, contribuyen inconscientemente a la conservación y el mantenimiento de la especie” (Monares, 2012:47). En caso de desproporciones sería el propio mercado quien se encargaría de llevar al sistema económico a una situación de equilibrio. Para hacer esto posible no tendría que haber una

fuerza extraeconómica que impidiera a los individuos egoístas alcanzar su propio beneficio; porque el sistema económico es capaz de autocorregirse y regularse por sí mismo. Es así que el liberalismo económico exhorta a la no intervención estatal, y que más bien el papel del Estado se dirija a garantizar las condiciones necesarias para que la economía de mercado funcione óptimamente.

Con los teóricos neoliberales del siglo XX –Frederick Hayek y Milton Freedman- los principios del liberalismo económico son reformulados al plantear que cualquier intento por controlar la búsqueda del beneficio personal mediante una actitud racional de la comunidad o a través de la planificación estatal, resultaría contraproducente puesto que restringiría la libertad individual de los ciudadanos y generaría un régimen totalitario y represivo que destruiría la democracia (Salvat, 2012: 88-89). De esta manera, surge un fanatismo desbordado hacia el mercado y la libre competencia, liberando así la sed de lucro individual de toda intervención externa o no económica. Los ideólogos de la derecha neoliberal reproducen el colonialismo intelectual al tener como modelo explicativo de los problemas de las sociedades latinoamericanas, la experiencia de los países industrializados en Europa Occidental. Es decir, ignoran –ya sea por desconocimiento o por conveniencia - las particularidades de las sociedades latinoamericanas y la manera como el capitalismo se implementó en esta región. Transcriben modelos teóricos sin comprender cómo es que se presentan los acontecimientos en la realidad.

En un inicio *el liberalismo* fue una propuesta de vanguardia que puso en primer plano el pensamiento crítico, libre y racional contra los dogmas de la religión y las formas políticas despóticas de la sociedad feudal. En manos de la burguesía, el liberalismo se convirtió en una ideología que *purifica la realidad social* al partir de un individuo abstracto desligado y desmembrado de su contexto histórico social, que reclama la libertad mercantil en contra del control feudal, pero que al mismo tiempo disfraza la explotación, la desigualdad y la subordinación.

También es cierto que la *democracia liberal* fue capaz –con el tiempo- de imaginar un cuerpo ciudadano incluyente pero en gran medida pasivo, que abarcaba tanto a la élite como a la multitud, con una ciudadanía de alcance limitado porque en esencia los que dirigen y gobiernan son los propietarios que no producen y viven de los otros. En otras palabras, en la

democracia moderna, la ciudadanía se devalúa gracias a las relaciones capitalistas. (Meiksins Wood, 2000: 246)

Esto es así porque el productor es despojado de sus medios de producción y propiedades, y desarraigado de su comunidad, de sus derechos comunes y tradicionales; por lo tanto es un *individuo libre* económica, jurídica y políticamente. Con estos *cambios materiales*, el concepto moderno de ciudadanía es más universal e incluyente en tanto que diluye en términos formales las particularidades del parentesco, los lazos de sangre, la etnia o las diferencias de clases. De ahí que la igualdad política en la democracia capitalista no solo coexiste con la desigualdad económica, sino que la deja fundamentalmente intacta. (Meiksins Wood, 2000: 248)

En base a lo anterior se entiende su descalificación de los gobiernos progresistas como regímenes populistas- autoritarios y su obsesión por la democracia liberal, a pesar de que el neoliberalismo hace un uso instrumental del sistema político y niega los principios fundamentales de este tipo de democracia. La democracia liberal y representativa en manos del neoliberalismo termina en violaciones constantes y sistemáticas a los derechos humanos, descomposición de las instituciones políticas y uso faccioso de los medios de comunicación. De la misma manera, no deja de llamar la atención el uso tendencioso que la derecha neoliberal le otorga a la categoría populismo sacándola del contexto histórico en que surgió para explicar las movilizaciones populares que se presentaron en Rusia en 1917 para abolir el régimen zarista. La derecha neoliberal también descontextualiza el uso que tuvo la noción de populismo para dar cuenta de las características que presentaron los regímenes latinoamericanos a mediados del siglo XX. (Moreno Velador, 2015: 21-24).

Empleada de esta manera “la categoría de populismo pierde todo su valor heurístico porque caracteriza a procesos políticos y regímenes bastante diversos entre sí” (Figueroa, 2009: 61). Más bien la categoría populismo en manos de la derecha neoliberal se convierte en un arma de ataque político e ideológico para desvirtuar y mistificar la auténtica naturaleza de los gobiernos progresistas. Con esto la hipótesis del fin de ciclo progresista no es más que un recurso ideológico que busca legitimar el que las oligarquías latinoamericanas en colusión con el capital externo recuperen el poder político e instauren nuevamente el caduco régimen neoliberal.

Resulta claro que el objetivo de la derecha neoliberal es detener por todos los medios, legales o ilegales, el avance de cualquier proceso democrático que busque construir una sociedad distinta y emancipada del yugo capitalista.³ Pero si algo distingue a este enfoque, es que sigue siendo dependiente tanto en lo teórico como en lo político de los modelos explicativos de occidente con lo que refuerza su condición colonial y servil hacia los poderes imperiales.

3. La perspectiva de la Izquierda Posdesarrollista y Posextractivista.

En su lectura actual de los acontecimientos, la Izquierda Posdesarrollista plantea que más allá de un “fin de ciclo”, lo que se presenta es un “*agotamiento*” del ciclo progresista en Sudamérica. Entre las causas que explicarían este agotamiento tendríamos: la incapacidad de renovación política; el no haber cumplido sus promesas para dar solución a los problemas más urgentes que afectan a la sociedad –educación, salud, vivienda, violencia, criminalidad y corrupción-; asimismo estos gobiernos dejaron de responder a las exigencias de los movimientos populares y concentraron sus energías para mantenerse en el poder estatal.

Pero la causa principal de este agotamiento se explicaría por la implementación de un modelo de desarrollo que este enfoque denomina *neoextractivismo progresista*. Lo esencial de este proyecto radicaría en el nuevo papel que asume el Estado para adquirir un fuerte control sobre la explotación de los recursos naturales, y tener una mayor participación sobre las rentas obtenidas a partir de esta actividad. El adjetivo *progresista* haría referencia a la redistribución de los excedentes a través de la inversión pública para impulsar el crecimiento económico y simultáneamente combatir la pobreza, la desigualdad y la marginación a través de programas asistencialistas.

Pero a pesar de los logros sociales alcanzados y de mejorar las condiciones de vida de la población, estos gobiernos dejaron para una etapa posterior la preservación del medio ambiente. En lugar de diversificar la matriz productiva con los ingresos obtenidos por la exportación de materias primas, los gobiernos progresistas profundizaron el *extractivismo* y

³ Recientemente salió a la opinión pública la participación que tuvo el historiador Enrique Krauze en la campaña negra desplegada por la oligarquía neoliberal mexicana mediante el programa televisivo *El Populismo en América Latina* para desprestigiar al candidato de izquierda Andrés Manuel López Obrador en las elecciones presidenciales de 2018. (La Jornada, 2019: 2)

canalizaron los recursos a programas de asistencia social para fomentar aún más el consumismo, el rentismo, la corrupción y el clientelismo. Con esto entraron en una fatal contradicción entre medios y fines puesto que, aparentemente, el crecimiento económico no tendría límites naturales. Es decir, estos gobiernos no lograron superar el *paradigma del desarrollo* que se sustenta en la técnica, el progreso material y el uso indiscriminado e irracional de los recursos naturales para favorecer la acumulación del capital. La izquierda del siglo XX era anticapitalista y antidependentista, el progresismo del siglo XX es desarrollista, primarioexportador y no cuestiona al capitalismo (Gudynas, 2016: 44). En suma son gobiernos de modernización autoritaria y tecnocrática del capitalismo con lo cual consiguen cambios no alcanzados por los gobiernos de la época neoliberal (Acosta, 2015: 42).

El planteamiento central de este enfoque consistiría en criticar, desmontar y deconstruir la noción del desarrollo desde su base y esencia que residiría en la *ideología* que se difunde a través de los entramados de poder de la sociedad capitalista. Con esto no solo se criticarían las ideas detrás de la categoría desarrollo, sino también la institucionalidad y las prácticas que la hacen posible. De esta manera, la izquierda posdesarrollista busca abrir un campo de discusión para la necesaria distinción entre los “desarrollos alternativos” de las “alternativas al desarrollo”. Mientras que la primera opción perfecciona al capitalismo, la segunda explora otros ordenamientos sociales, económicos y políticos de lo que se venía llamando desarrollo. Según la izquierda posdesarrollista, dentro del primer grupo se encontraría el liberalismo, el conservadurismo, el socialismo, el reformismo social demócrata, el desarrollo nacional popular y el *neoextractivismo progresista*. En el segundo grupo se ubicarían los enfoques ecologistas, feministas, del decrecimiento y de las comunidades indígenas.

Concretamente, para superar el atraso y la pobreza de las sociedades latinoamericanas, la izquierda posdesarrollista propone pasar de un modelo de acumulación basado en la explotación de recursos naturales a la construcción de un proyecto *posextractivista* que se sustente en el decrecimiento planificado del extractivismo, reduzca sustancialmente el consumo de materia y energía y reoriente las economías hacia la atención de las necesidades humanas (Gudynas, 2011: 33); potencie actividades sustentables en la manufactura, la

agricultura y el turismo, y sobre todo que recupere las prácticas y cosmovisiones de los pueblos indígenas en la que los seres humanos no solo conviven con la naturaleza de manera armoniosa, sino que forman parte de ella –el buen vivir o el *sumak kawsay*-. Efectivamente, el núcleo de la propuesta de la izquierda posdesarrollista, radicaría en examinar el desarrollo como un discurso de origen occidental que opera como un poderoso mecanismo de control para la producción cultural, social y económica del subdesarrollo. En consecuencia “La deconstrucción del desarrollo llevó a los posestructuralistas a plantear la posibilidad de una era del *posdesarrollo*” (Escobar, 2005: 19).

Es decir, no habría posibilidad alguna para superar el extractivismo y todos sus males si seguimos pensando con las categorías y esquemas de la modernidad incluyendo la teoría liberal y el marxismo (Botero, 2010: 155). Para superarlo habría que *ir más allá* del desarrollo y pensar en otras estrategias, otra forma de producir que no sea depredadora de los recursos naturales, recupere los saberes ancestrales de las comunidades indígenas y campesinas, por ejemplo el buen vivir. En esta propuesta los movimientos sociales y las movilizaciones de base desempeñarían un papel fundamental para la transformación social y acercarse a la nueva era.

En nuestra perspectiva un inconveniente de la izquierda del *posdesarrollo*, es que cae en la trampa del pensamiento *posmoderno* que genera el capitalismo en su fase neoliberal (Eagleton, 2005: 29-30). La exaltación de la diversidad y de los movimientos indígenas, campesinos y ambientalistas reflejan, en el ámbito teórico, una transformación social real: es una consecuencia de la desintegración de la sociedad burguesa tradicional en una multitud de subculturas. El mismo desarrollo del capitalismo ha erosionado las identidades estables, la imagen de la burguesía sólida, civilizada y moralmente honesta han dado paso a formas fluctuantes y evanescentes donde resaltan las diferencias que se ocultaban detrás de la sociedad industrial de posguerra.

En este caso la importancia de la organización política y la lucha por el poder político quedan eclipsadas por el auge de los movimientos sociales y de la diversidad cultural que rechazan las grandes narrativas que pueden llevar a regímenes totalitarios, aunque esto signifique

perder de vista la *unidad detrás de las diferencias de las formas*. El costo social que esto tiene es doble, por una parte los movimientos sociales pueden experimentar dolorosas derrotas, y por otra, la propuesta de llegar a una sociedad *posdesarrollista* que conviva de manera armónica con la naturaleza puede ser inalcanzable a través de la vía que proponen los posextractivistas-posdesarrollistas. En el contexto actual de predominio mundial del neoliberalismo, ¿es posible que un país de la periferia capitalista ensaye de manera aislada un modelo ajeno al desarrollo? ¿Es factible que este país periférico y dependiente pueda salir en corto tiempo de la primarioexportación?

4. La perspectiva de la *izquierda autonomista*.

La izquierda autonomista fue uno de los primeros enfoques en plantear la hipótesis del fin de ciclo a partir de caracterizar la experiencia progresista como un conjunto de diversas versiones de *revolución pasiva* (Modonesi, 2015: 23; Svampa, 2017). Es cierto que estos gobiernos fueron *progresistas* en el sentido de que pusieron un mayor énfasis en la redistribución de la riqueza, pero mantuvieron el ideal del *progreso* en términos de crecimiento de las fuerzas productivas y dejaron en segundo plano la transformación de las *relaciones sociales de producción*.

Básicamente debido al carácter reformista y conservador de los cambios emprendidos, estos gobiernos solo se encargaron de administrar el conflicto social, de contener tanto a las fuerzas de derecha e izquierda (sobre todo corporativizando, subalternizando o fragmentando a los movimientos sociales de trabajadores, campesinos, indígenas, ecologistas, etc.) para asegurar y mantener la reproducción del capitalismo dependiente latinoamericano sustentado en el *extractivismo*, el *rentismo* y la redistribución de la riqueza no anclada en la producción y el empleo. Es decir, estos gobiernos *reprimarizaron* el sector productivo, consolidaron los enclaves de exportación y sobre todo profundizaron la dependencia de sus economías hacia el mercado mundial para cumplir con los requerimientos que impone la nueva división territorial y global del trabajo bajo la etapa actual del capitalismo (Svampa, 2011:185). Cuando cambia el contexto geopolítico y se agotan los ingresos que permitieron mantener el consenso social, se reaviva con más fuerza la ambición de la derecha por recuperar el poder

político. Y al favorecer la desmovilización de las clases subalternas, los gobiernos progresistas se quedaron sin respaldo popular para contrarrestar la feroz ofensiva de la derecha en su intento por reinstalar el neoliberalismo.

En consecuencia, los progresismos no tocaron los intereses de los más poderosos: las desigualdades persistieron, la concentración económica se mantuvo, favorecieron el acaparamiento de tierras y la alianza con las grandes corporaciones para la explotación de los sectores extractivos, minimizaron los conflictos sociales que esta estrategia ocasionaba. La alternativa desde el punto de vista de la izquierda autonomista para superar la dicotomía entre continuidad progresista y restauración derechista estaría en la construcción de una perspectiva de izquierda *posprogresista* que recupere el carácter emancipatorio de los movimientos sociales antisistémicos y antineoliberales y cuya fuerza radicaría en la capacidad de autoorganización de las clases populares y en la necesidad de articular los movimientos indígenas- campesinos y los movimientos populares- sindicales en la ciudad. (Modonesi y Svampa, 2016; Modonesi, 2017).

Las bases teóricas en las que se apoya la izquierda autonomista para plantear la hipótesis del fin de ciclo y caracterizar la experiencia progresista como un caso de revolución pasiva se remontarían a la “*revolución copernicana*” que introdujo el *operaismo italiano* en los años 60 del siglo XX, al plantear una inversión metodológica para ensayar una lectura de Marx a partir del *antagonismo* o *la lucha de clases*. En lugar de ver al desarrollo capitalista primero y después las luchas obreras, hay que asumir la perspectiva de Mario Tronti que veía primero éstas y después al desarrollo del capitalismo (Modonesi, 2005: 100). La lucha de la clase trabajadora como el elemento decisivo que puede quebrar la dominación y subvertir las relaciones de explotación capitalistas. Debido a lo anterior los autonomistas obreros rechazan cualquier forma de transformación política por la *vía estatal institucional*: la emancipación se efectuaría a través de *la autoorganización* de los trabajadores para recuperar el control sobre el proceso de trabajo, el trabajo vivo y el valor de uso, creando así un poder comunal que se contrapone y rechaza las instituciones verticales y autoritarias del capitalismo.

Aquí radicaría el límite de este enfoque para explicar *procesos sociales de cambio más amplios y complejos* como los que se presentan con la experiencia de los gobiernos progresistas de izquierda en América Latina. Anteponer *la lucha* en lugar de *las regularidades objetivas*, impide a los autonomistas entender las *reconfiguraciones* que presenta el capitalismo en su etapa actual neoliberal y las circunstancias internas y externas que condicionan el funcionamiento de los países con gobiernos progresistas. Es imposible que los países latinoamericanos puedan escapar a los efectos que produce la nueva división internacional del trabajo al especializarlos como proveedores de materias primas.

La caracterización de los gobiernos progresistas como *revoluciones pasivas* parte del planteamiento de Gramsci de que hay cambios que se dan con la ausencia de una iniciativa popular y más bien son debidos a la reacción de las clases dominantes a subversiones esporádicas, elementales de las masas populares. En suma las *revoluciones pasivas* son “restauraciones” que han recogido una parte de las exigencias de abajo (Gramsci, 1971: 226-227; Macciochi, 1980: 113). Si analizamos más detenidamente el ascenso al poder político de los gobiernos progresistas de Izquierda en América Latina, nos percataremos de inmediato que el uso de la expresión “revolución pasiva” vacía de contenido y diluye las especificidades de la experiencia progresista, sobre todo en los casos de Bolivia, Ecuador y Venezuela.⁴ Estos gobiernos fueron resultado de los *movimientos sociales* organizados desde las bases populares –indígenas, obreros, campesinos, profesionistas, militares, policía, etc.- que se articularon en torno a un partido político (el MAS en Bolivia, Alianza País en Ecuador, el PSUV en Venezuela) para acceder al poder político a través de los procesos electorales y conformaron un nuevo *Bloque Histórico de Poder* que configuró una nueva *hegemonía*. El paso siguiente fue convocar a Asambleas Constituyentes para crear una nueva constitución, refundar el Estado y rearticular el vínculo entre sociedad política, sociedad civil y mercado. No pudiendo ignorar estos hechos pero aferrada a la categoría de *revolución pasiva*, la izquierda autonomista señala que efectivamente la experiencia del gobierno progresista de

⁴Esta y otras observaciones críticas fueron señaladas por Michael Löwy a Modonesi en la presentación de su libro sobre *Revoluciones Pasivas en América Latina* (Modonesi, 2017).

Venezuela presenta características específicas y por lo tanto lo califica como un caso de revolución pasiva *sui generis* (Modonesi, 2017).

En conclusión, por invertir el orden de análisis de las relaciones sociales de explotación capitalistas, por no adoptar un enfoque más integral que considere el aspecto objetivo del desarrollo del capitalismo que condiciona el funcionamiento de los países dependientes latinoamericanos, por abstraerse de la *realpolitik* y por ignorar la génesis de los gobiernos progresistas (como Lowy lo señala), las causas del “fin de ciclo” propuestas desde la perspectiva de la *izquierda autonomista* resultan controversiales

5. La perspectiva de la izquierda con horizonte socialista.

Para la izquierda con horizonte socialista no habría un fin de ciclo puesto que el posneoliberalismo es una continuación de la estrategia neoliberal para refuncionalizar y reestructurar el capitalismo en América Latina (Stolowicz, 2016: 1128-1129).

La estrategia posneoliberal ha consistido en modificar o corregir aquellos aspectos negativos del neoliberalismo: reconfiguración del Estado (Stolowicz, 2011: 27) para otorgarle más facultades en la regulación del mercado y la nacionalización de sectores estratégicos; impulso a los programas de asistencia social para combatir la pobreza y legitimar al gobierno en turno; ampliación de los espacios de participación ciudadana para fortalecer la democracia, y creación de un consenso para incluir y equilibrar las diversas fuerzas políticas a fin de favorecer la gobernabilidad. El objetivo resulta claro: asegurar un margen de ganancias amplio y sostenido al capital, pero lo que cambia son las tácticas no los fines. Ambos, tanto el neoliberalismo como el posneoliberalismo fomenta el extractivismo que está estrechamente vinculado con la especulación financiera y sustentado en el despojo, la sobreexplotación de los recursos naturales y la fuerza de trabajo.

De esta manera el posneoliberalismo ha resultado ser una “alternativa” exitosa frente al neoliberalismo para estabilizar la reestructuración capitalista en América Latina. Ha resultado exitosa, sobre todo porque la dominación/explotación/subordinación se disfraza a

través de *mediaciones* –políticas asistencialistas, políticas de seguridad nacional, políticas de reconocimiento-, que invisibilizan la desigualdad. En otras palabras, la dicotomía entre neoliberalismo y posneoliberalismo que se genera desde el discurso dominante- hegemónico, resulta una trampa para el pensamiento de izquierda porque dicha confrontación entre una y otra estrategia se mueve dentro de los principios doctrinarios del liberalismo, pero nunca hay una ruptura con él. Para salir de este juego perverso entre *neoliberalismo* y *posneoliberalismo* esta perspectiva propone dejar de pensar desde el *neoliberalismo* y hacerlo mejor *desde la reproducción del capital en sí* para superar la trampa que inducen los juegos retóricos que hay entre un capitalismo “malo” y un capitalismo “bueno”, “productivista”. Habría que tomar el Estado y efectuar cambios radicales que vayan a la raíz de los problemas de la sociedad capitalista: la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y la superación de las relaciones de explotación capitalistas (Stolowicz, 2016: 1122, 1123)

Sin embargo, el veredicto no es unánime al interior de la izquierda con horizonte socialista y hay voces disidentes que rechaza la hipótesis del fin de ciclo. Así nos dice Gómez Leyton “Los tres procesos de cambio histórico-político más notables de este ciclo que lo constituyen la revolución bolivariana, en Venezuela; la revolución democrático-cultural en Bolivia; y la revolución ciudadana en el Ecuador, luego de 18, 16 y 14 años respectivamente, las tres se mantienen en “proceso”. Ninguna de ellas ha sido, a pesar de múltiples intentos por parte del capital, desestabilizadas o frenado su curso histórico” (Gómez Leyton, 2017: 12, 13). Aunque habría que actualizar el planteamiento en relación a Ecuador, hay que convenir con el autor en que los procesos sociales de cambio que se han presentado en Bolivia, Ecuador y Venezuela representan un verdadero hito en la construcción histórica, política y teórica de una nueva forma de *Estado Nación* y de *Democracia* que rompe con las formas históricas, jurídicas y políticas de matrices eurocéntricas impuestas y heredadas durante los últimos dos siglos. Gomez Leyton concede que han sido procesos que emergen por la iniciativa de los sectores subalternos y populares –En Ecuador y Bolivia principalmente indígenas-, pero que han involucrado a las clases medias, a los intelectuales de izquierda y partidos políticos progresistas para crear un vasto movimiento popular. Este vasto movimiento terminó por

modificar, no solo las bases del patrón de reproducción neoliberal, sino que también trastocaron las anquilosadas estructuras del poder político y social en las que se sustenta el funcionamiento del capitalismo dependiente- colonial en estas sociedades. En este sentido, son procesos sociales complejos que merecen una atención *escrupulosa y detallada* por parte del investigador. Pero a pesar de los cambios sustanciales que se han presentado en estos tres países, han sido esencialmente *revoluciones políticas* que modificaron la estructura política pero no lograron transformar las relaciones sociales de producción, ni tampoco abolieron la propiedad privada sobre medios de producción. Aquí radicaría el límite de los procesos de cambio emprendidos en estos tres países (Gómez Leyton, 2017: 17, 18, 46).

La izquierda con horizonte socialista hace una propuesta interesante para explicar los cambios que presenta la reconfiguración del capital en aquellos países donde el neoliberalismo está muy arraigado –como México, Colombia, Chile, Perú-; así también, su enfoque aportaría algunos elementos para entender los retrocesos que han presentado aquellos países progresistas que efectuaron cambios moderados, tales como Brasil y Argentina. Sin embargo, su planteamiento teórico se desfasa de la realidad cuando se intenta describir procesos de cambio más complejos y particulares como los que presentan los gobiernos progresistas de Bolivia, Ecuador y Venezuela.

En primer lugar, al enfocarse en explicar los cambios que presenta *en general* la reconfiguración del capitalismo en Latinoamérica como una etapa de reestructuración para estabilizar y legitimar la acumulación del capital, este enfoque omite las *particularidades y condiciones específicas concretas* de procesos sociales de cambio que no solo rompieron con el neoliberalismo sino que *efectuaron transformaciones políticas* sustanciales para pensar los posibles horizontes de cambio desde la experiencia particular de América Latina. O sea, va de *la teoría a la realidad* y diluye toda la complejidad de cambios que se han presentado con la experiencia progresista en estos tres países.

En segundo lugar esta perspectiva se abstrae de la *realpolitik*, con su propuesta de transformación social para superar de raíz al capitalismo con la participación de los movimientos populares y un gobierno “auténticamente” de izquierda- anticapitalista que

implemente *medidas contundentes* para enfrentar al gran capital y no simples acciones *reformistas* que solo readecuen las estructuras políticas y económicas de las sociedades latinoamericanas a los requerimientos de la acumulación del capital a escala global. Es decir, omite el cambio en la correlación de fuerzas externa y la lucha de clases interna que solo permitirían contrarrestar y superar el neoliberalismo.

Por último, otro error en el que incurre la izquierda con horizonte socialista es que generalizan análisis y categorías que surgen a partir de un hecho específico o mistifican experiencias de cambio social que provocan un desfase entre teoría y realidad –tales como emplear el paradigma la revolución cubana- para hacer una falsa distinción entre un gobierno “auténticamente revolucionario” y otro “reformista”. Olvida que un elemento para indagar sobre la profundidad de un cambio no es si este cambio es solamente político en vez de ser político y social, sino determinar si este proceso de cambio ha modificado la composición de las fuerzas sociales que son hegemónicas en el Estado.

La realidad muestra que para distinguir los cambios sociales que se han presentado en Bolivia, Ecuador y Venezuela como *revolucionarios* o *reformistas*, hay que partir de la constatación en la correlación de fuerzas externas, de la que existe internamente, de las condiciones específicas concretas de cada país, del alcance de los cambios producidos con los medios de que se dispone y las adversidades –tanto internas como externas-, a que se enfrentan las fuerzas populares de izquierda en un momento histórico determinado.

5. La perspectiva de la Izquierda posneoliberal de matriz marxista.

A diferencia de los enfoques anteriores, la izquierda socialista tiene como filiación teórica al marxismo –Marx, Lenin, Gramsci- pero en su versión más clásica, es decir, *teorizan* desde la *praxis* estando directamente involucrados en los acontecimientos políticos. Esto les ha permitido llegar a juicios más realistas y objetivos sobre las potencialidades y límites de los proyectos progresistas implementados en los últimos años en América Latina. Así también, con este esfuerzo importante para articular *teoría* y *praxis*, la izquierda posneoliberal rechaza

en todo momento la transposición mecánica y dogmática de los conceptos que en lugar de explicar los hechos solo niegan la realidad, y sobretodo evita efectuar análisis desde el ámbito teórico- especulativo. Con base en lo anterior, la izquierda posneoliberal propone emplear la categoría de lo *nacional-popular* para explicar la complejidad de los cambios sociales que se han presentado en la experiencia progresista de Bolivia, Ecuador y Venezuela. Podría concebirse lo nacional popular como un momento orgánico no coyuntural donde lo popular forma un elemento fundamental en el surgimiento de los frentes populares que impulsan a candidatos de izquierda a los diferentes instancias del Estado (Figueroa y Moreno, 2014: 75). La importancia para emplear esta categoría analítica, es que nos permite entender lo novedoso en la manera como se efectúan las transformaciones sociales en estos países andinos: a través de la construcción de *poder popular* dentro de la propia sociedad civil que desembocara en el surgimiento de movimientos sociales articulados en un partido político de izquierda (movimiento- partido) para luchar por el poder político, y desde ahí, reapropiarse de las instancias estatales (movimiento- gobierno) para impulsar cambios radicales que no solo han resignificado el sentido de nación que se había desvirtuado con las políticas neoliberales, sino que también superan el *status quo* dominante. Este es “un proceso donde lo *nacional-popular* se aboca por una reforma *intelectual* y *moral* sobre la política nacional para dotar de poder a las clases populares y los ciudadanos en general, y donde estos actúan como un gran conjunto de grupos independientes para apropiarse del Estado como un ente que anteriormente estuvo enajenado por grupos de poder político y económicos minoritarios” (Figueroa y Moreno, 2014: 123).

En los gobiernos nacional-populares, también llamados progresistas, el horizonte es el *posneoliberalismo*. La voluntad posneoliberal hace que, parafraseando a Figueroa y Cordero (2011: 13-15) el Estado vuelva a adquirir la dimensión de agente rector de la vida social y lo público se coloca encima de lo privado; la democracia se concibe, además de liberal y representativa, como democracia directa y participativa que retoma las tradiciones comunitarias procedentes de los pueblos originarios y organiza instancias de participación popular; en cuanto a la soberanía, ésta se resignifica en dos sentidos: hacia adentro cómo refundación de la nación y hacia afuera como autodeterminación y control de los recursos

naturales estratégicos; por último, frente a la globalización el posneoliberalismo rechaza la concepción de volver a jugar un papel de proveedor de materias primas, reivindica el discurso antiimperialista y promueve la integración latinoamericana para pensar en un horizonte de cambio poscapitalista

Por su estrategia, estos procesos pueden ser considerados como *reformistas* puesto que los cambios se han impulsado/construido por las vías pacíficas, legales y gradualistas, pero por el alcance y contenido de los cambios son *revolucionarios*. Es decir, aparte de romper con el neoliberalismo y resignificar el concepto de nación para crear una *nación de naciones* que incluya la pluralidad étnica, ideológica y cultural de la población que integra estos países, son procesos que *trastocaron* las relaciones de poder entre dominados y subalternos: subvirtieron y superaron el racismo y el colonialismo interno que oponían fuertes restricciones para que las comunidades originarias ejercieran el poder político delegado. En Bolivia, Ecuador y Venezuela, los casos clásicos de lo nacional-popular la línea del tiempo nos indica la sublevación popular, la salida electoral y la refundación del Estado: el movimiento social se convierte en político y electoral en una estrategia que busca cambiar el mundo tomando el poder (Sader, 2008: 21, 22).

Con respecto al debate sobre el fin de ciclo de los gobiernos progresistas, la postura sería concebir los reveses en Brasil, Argentina y en otros lugares como en todo caso el fin de la primera fase de los gobiernos posneoliberales (Sader, 2015). El fin de la primera fase de los gobiernos posneoliberales hace retornar al gobierno a una derecha cuyo único proyecto político es reinstaurar el neoliberalismo con los daños ya conocidos: crisis financiera, desempleo, precarización laboral y aumento de la pobreza. Consecuencias que obligarían inevitablemente a la movilización ciudadana y la protesta social para superar este régimen, ya sea por la insurrección popular o por la vía institucional. Esto es lo que en el momento de escribir estas líneas estamos observando en Argentina en donde el gobierno de Mauricio Macri enfrenta las consecuencias electorales de la restauración neoliberal: los nuevos índices de pobreza entregados por el Instituto de Políticas Públicas demostró que ésta superó 35.7 por ciento, y la indignancia se disparó a cifras superiores a las de 2001 al llegar casi a 8 por ciento. La indignación crece al conocer un discurso de Macri en la provincia de Entre Ríos,

donde dijo que si bien le apenaba que muchos no puedan llegar a fin de mes, este es el modelo correcto y no se va a modificar nada (Canolli, 2019).

A partir de la experiencia práctica progresista, este enfoque replantea el concepto de socialismo para concebirlo, no como un modo de producción, sino como un proceso de luchas, alianzas y aprendizajes contradictorios en el que el Estado Popular Revolucionario juega un papel rector (García Linera, 2017: 67). En todo caso, como este mismo enfoque plantea los actuales proyectos progresistas en curso son procesos *abiertos* donde un escenario final no está decidido de antemano (Figueroa y Moreno, 2014: 92).⁵ Son procesos abigarrados y contradictorios donde coexisten apetitos democráticos con atavismos autoritarios, aspiraciones autonomistas con vocaciones estadólatras, aspiraciones poscapitalistas con resabios capitalistas” (Figueroa, 2009: 66).

La etapa actual en la que se encuentran los gobiernos progresistas sería un momento de inflexión histórica que se caracterizaría por el paso de una estrategia de avance a una defensiva ante el reflujo que mantenga los logros alcanzados en la primera etapa y profundice los cambios sociales a partir de las limitaciones y estragos que está causando la crisis del neoliberalismo a escala global. Los procesos revolucionarios nunca han sido ascendentes y de continua revolución, sino que más bien, la revolución es un proceso por oleadas de repliegues- contracciones y de impulsos-avances, donde la segunda oleada permite avanzar más que en la primera y así sucesivamente (García Linera, 2017:23). Ante esta situación es necesario un ejercicio de autocrítica para señalar y superar las debilidades y errores cometidos por estos gobiernos que han propiciado un avance de la derecha. En otro texto García Linera señala algunos de estos elementos de autocrítica: no haber fomentado la capacidad de asociación productiva de los sectores subalternos para romper con la dualidad que produce la separación del poder político y económico; han sido insuficientes los esfuerzos para impulsar una revolución cultural y una reforma moral que permita superar la vieja mentalidad consumista capitalista y la corrupción institucionalizada por el

⁵ “Cabe señalar que el destino de estos tres procesos está lejos de encontrarse resuelto; depende en buena medida de la correlación entre fuerzas en cada país, además de las respuestas que generen a sus propias tensiones y contradicciones internas.” (Figueroa Ibarra & Moreno Velador, 2014: 92)

neoliberalismo. De la misma manera, plantea la necesidad de avanzar en la construcción de liderazgos colectivos que permitan la continuidad sostenida de los procesos de cambio democrático y que estos no dependan de un solo líder. Y por último, plantea la urgencia de llevar adelante una auténtica integración económica y continental de América Latina que permita enfrentar de mejor manera los retos que impone la globalización (García Linera, 2016: 43). A diferencia de los deseos por una revolución “diáfana, pura, heroica, planetaria y exitosa” las revoluciones resultan “complicadas, enrevesadas y riesgosas” simplemente porque no se puede “adecuar la realidad a las ilusiones, sino todo lo contrario; debe adecuar las ilusiones y las esperanzas a la realidad, a fin de acercarla lo más posible a ellas, abollando y enriqueciendo esas ilusiones a partir de lo que la vida real nos brinda y enseña” (García Linera, 2017: 61).

6. Conclusiones.

En nuestra perspectiva las caracterizaciones de los gobiernos progresistas que han ensayado la mayor parte de las interpretaciones aquí reseñadas, nos parecen controversiales. De igual manera la hipótesis de fin de ciclo planteada por un sector importante del pensamiento de izquierda latinoamericano es falsa. El sustento de estas interpretaciones que en este trabajo cuestionamos radica en una inadecuada comprensión de los procesos políticos de cambio particularmente en los casos de Bolivia, Ecuador y Venezuela. A su vez, estos errores de comprensión se deben a fallas teóricas en sus respectivos marcos analíticos para explicar la realidad social. Y sobre todo, casi todas las perspectivas involucradas en el debate sobre el fin de ciclo carecen de la experiencia práctica en la *realpolitik*. Es decir se mueven en la reflexión especulativa, desfasando teoría y realidad.

En el caso de los teóricos de la derecha neoliberal latinoamericana la falla consistiría en la reproducción del pensamiento colonial para explicar la experiencia progresista desde el punto de vista del pensamiento liberal- eurocéntrico. Esto no les permite entender la manera en la que se ha presentado el desarrollo del capitalismo en las sociedades latinoamericanas. La falla anterior se refuerza con el método empleado por los ideólogos neoliberales latinoamericanos que parten de una realidad sin ir más allá de las apariencias. Esto hace que

utilicen la categoría populismo como arma de ataque ideológico para desvirtuar la experiencia progresista. Al mismo tiempo plantean la idea del fin de ciclo de los gobiernos “radicales” de izquierda para allanarle el camino a la oligarquía y el capital trasnacional en sus intentos golpistas por reinstaurar el caduco régimen neoliberal.

Las críticas de los posdesarrollistas/posextractivistas hacia los gobiernos progresistas quedan sin sustento teórico al partir de la *crítica posestructuralista* hacia el paradigma del desarrollo, de la modernidad y el progreso. Falla importante en su análisis es la abstracción de las relaciones de dependencia que configura los cambios en la división internacional del trabajo y de la cual no pueden abstraerse los gobiernos nacionales latinoamericanos. Superar el paradigma del desarrollo implicaría efectuar un cambio radical civilizatorio a nivel global. Pero actualmente no existen las condiciones para llevar a cabo esta empresa. Ante las condiciones adversas que enfrentan las sociedades latinoamericanas –rezago tecnológico, dependencia financiera, desarticulación de la planta productiva, desempleo, pobreza, falta de infraestructura, etc.- lo que se puede hacer es trabajar para superar el neoliberalismo. Pero esto tampoco es entendido por lo teóricos posdesarrollistas que están alejados de la *realpolitik* y de los *problemas prácticos* que enfrentan las fuerzas populares de izquierda.

El problema de *izquierda autonomista* es que fractura la propuesta epistemológica de la teoría marxista al separar la dimensión subjetiva del aspecto objetivo en las relaciones capital-trabajo. Invierten el orden de análisis y sobredimensionan el *antagonismo* y la lucha de clases por encima de las regularidades objetivas que rigen y explican las relaciones de producción y circulación capitalistas. Cómo sabemos, Marx nunca separa la lucha y el antagonismo de la explotación y la dominación. Más bien, trabajó con ambas dimensiones para explicar la realidad social desde un punto de vista integral. En nuestra perspectiva, la *izquierda autonomista* reifica la parte subjetiva de las relaciones de explotación capitalistas. Si bien esta inversión les permite entender el proceso de constitución de subjetividades en los movimientos sociales, al mismo tiempo les imposibilita el explicar procesos sociales de cambio más complejos como los que se presentan en la experiencia progresista. Ante esta limitación, emplean la categoría *revolución pasiva* y diluyen todas las especificidades del proceso de cambio progresista. En nuestra opinión efectúan una lectura de los

acontecimientos desde la pura reflexión teórica alejados de los problemas prácticos que surgen en la *realpolitik*. Es decir, fuerzan de manera grosera las categorías para que la realidad se ajuste al modelo y no al revés. He aquí las consecuencias de la “revolución copernicana” que *reifica* no solo el antagonismo y la lucha como categorías heurísticas para explicar el funcionamiento del capitalismo, sino que sobredimensiona el papel de los movimientos sociales como agentes de cambio para impulsar transformaciones sociales que vayan en contra y más allá del Estado y El Capital.

En el caso de la *izquierda con horizonte socialista* el problema consiste en que efectúan una lectura dogmática o doctrinaria del método y de las categorías marxistas para explicar la experiencia de los gobiernos progresistas en América Latina. Esto a su vez es resultado del análisis puramente contemplativo de los fenómenos sociales abstrayéndose de la *praxis* política. Rompen con uno de los postulados básicos del marxismo: articular *teoría y praxis*. Y esto los lleva a caracterizar de manera errónea el *posneoliberalismo* como una estrategia exitosa para estabilizar el capitalismo en América Latina.

En las condiciones actuales en las que se encuentran los gobiernos progresistas de izquierda latinoamericanos resulta imposible implementar medidas “auténticamente” revolucionarias para abolir la propiedad privada sobre medios de producción y transformar las relaciones capitalistas. A pesar de las limitaciones y adversidades que enfrentan, los procesos sociales en Bolivia, Ecuador y Venezuela han efectuado auténticos cambios revolucionarios como en su momento también se los propuso el Gobierno de la Unidad Popular encabezado por Salvador Allende.

Por último, el mérito de la *izquierda posneoliberal de matriz marxista* es que teoriza desde la *praxis*. Este tipo de izquierda se las ha visto con la tarea de acumular fuerzas, construir alianzas, hacer política electoral y finalmente gobernar en condiciones adversas. Y esto les permite efectuar análisis más realistas y objetivos de la experiencia progresista. Esto no significa efectuar una apología de los gobiernos progresistas, sino más bien explicar el alcance de los cambios que se han presentado en los procesos *nacional- populares*, de los problemas prácticos que han surgido, no solo por la presión de la oligarquía y el capital

transnacional, sino por las pugnas al interior del bloque de poder popular. Es decir, al estar directamente involucrados en la *realpolitik*, los representantes de esta vertiente de la izquierda latinoamericana, amplían su perspectiva de análisis, readecuando las categorías marxistas de acuerdo a los cambios en las condiciones materiales, y simultáneamente se percatan de las limitaciones y posibilidades de transformación social de las fuerzas populares de izquierda.

Así mismo, esta experiencia práctica les lleva a concebir la necesidad de equilibrar los principios con el pragmatismo siempre con la finalidad de rearticular *ética* con *política* y luchar por el poder estatal para efectuar transformaciones revolucionarias. Además, gracias a esta experiencia práctica efectúan una autocrítica que les permite reconocer errores y percatarse que las contradicciones pueden ser productivas para impulsar el proceso de cambio o bien para retroceder. Es decir, son procesos complejos que no están libres de tensiones y mucho menos están resueltos, son procesos abiertos que pueden mostrar avances o retrocesos.

Pero la diferencia más importante entre la izquierda con horizonte socialista y la izquierda posneoliberal radicaría en la manera como ambas perspectivas conciben la transformación social. Ambas reivindican el horizonte socialista y la unidad de las *diferentes* fuerzas de izquierda para tomar el poder político. Pero mientras la izquierda con horizonte socialista lo hace de manera abstracta sin ponerse a pensar en las mediaciones que vayan acercando a ese horizonte, la izquierda posneoliberal de matriz marxista parte de las condiciones reales que enfrentan las clases populares y los gobiernos de izquierda en su lucha contra la oligarquía doméstica y el capital transnacional. Las consecuencias prácticas de esta diferencia de perspectiva prontamente se observan. La primera caracteriza a la segunda como una variante del neoliberalismo y no es raro que desee su fracaso. La segunda brega con las múltiples contradicciones, cálculos, decisiones a menudo pragmáticas y no pocas veces equivocadas para disputar palmo a palmo el poder a quienes siempre lo han tenido. Con ello se convierte en el principal enemigo de la derecha, la que nunca se equivoca en ubicar quien es su adversario principal y obra en consecuencia.

Acaso esto último sea la moraleja de todo el planteamiento que en este trabajo hacemos. Al examinar a las distintas posiciones con respecto a los gobiernos progresistas, podemos observar a los críticos de la derecha neoliberal bien ubicados en lo que se refiere a quien consideran el peligro principal para sus intereses. No estamos muy seguros que esa sea la perspectiva de muchos de los críticos de izquierda de la marea posneoliberal que observamos en los primeros tres lustros de este siglo.

Bibliografía

Acosta, A. (2015). ¿Fin de ciclo de los gobiernos progresistas en América Latina? *Memoria* 256, 38-43.

Botero, P. (2010). Arturo Escobar y sus fuentes críticas en la construcción de pensamiento latinoamericano. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y juventud*, 151-173.

Canolli, S. (5 de Abril de 2019). Multitud golpeada por la crisis sale a protestar en Argentina. *La Jornada*, pág. 22.

Eagleton, T. (2005). *Después de la Teoría*. Barcelona: Debate.

Escobar, A. (2005). El "postdesarrollo" como concepto y practica social. En D. (. Mato, *Políticas de Economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. (págs. 17-31). Venezuela: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.

Figueroa Ibarra, C. (2009). Izquierda y Gobierno en los Países Andinos. ¿Populismo o Revolución? En Á. A. Urrutia, *Sobre Populismo y Democracia en América Latina* (págs. 50-73). Guatemala: FLACSO Guatemala.

Figueroa Ibarra, C. A., & Moreno Velador, O. H. (2014). La Construcción del poder popular en los gobiernos nacional- populares latinoamericanos. *TLA- MELAUA, revista de Ciencias Sociales*. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México / ISSN: 1870-6916 / Nueva Época, Año 8, No 37, octubre 2014 / marzo 2015, 70-92.

Figuerola Ibarra, C., & Cordero Díaz, B. (2011). ¿posneoliberalismo en América Latina? los límites de la hegemonía neoliberal en la región. Puebla (México): ICSyH "Alfonso Vález Pliego" BUAP, Juan Pablos Editor.

Figuerola Ibarra, C., & Moreno Velador, O. H. (2014). La alternativa Nacional Popular en América Latina. Papeles de Trabajo, Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio- Cultural, 120- 143.

Financial Times, F. (24 de Febrero de 2017). ¿América Latina ahora mira hacia la derecha? El Financiero.

García Linera, Á. (2016). ¿Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias? En E. Sader, Las vías abiertas de América Latina, siete ensayos en busca de una respuesta: ¿Fin de ciclo o repliegue temporal? (págs. 9-48). Buenos Aires (Argentina): Editorial Octubre.

García Linera, Á. (2017). ¿Qué es una revolución? De la revolución Rusa de 1917 a la revolución en nuestros tiempos. Bolivia: Vicepresidencia del Estado- Presidencia de la Asamblea Lagislativa Plurinacional.

Gómez Leyton, J. C. (2017). Bolivia: Un Estado, una Nación y una Democracia: ¿Poscolonial o Anticolonial? En J. C. Gómez Leyton, Bolivia Hoy: ¿Una Democracia Poscolonial o Anticolonial? (págs. 11- 26). Santiago de Chile: Ediciones Escaparate- CLACSO.

Grasmci, A. (1971). El Materialismo Histórico y la Filosofía de Benedetto Corce. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Gudynas, E. (2011). Debates sobre el desarrollo y sus alternativas en América Latina: Una breve Guía heterodoxa. En M. Lang, & D. Mokri, Más allá del desarrollo (págs. 21- 53). Quito (Ecuador): Fundación Rosa Luxemburgo/ Abya Yala.

Gudynas, E. (2016). Los progresismos sudamericanos: Ideas y prácticas, avances y límites. En Rescatar La Esperanza: Más allá del neoliberalismo y el progresismo. (págs. 27-61). Barcelona: Entre pueblos.

Hobbes, T. (2001). Leviatán, o la Materia, Forma y Poder de una República, Eclesiástica y Civil . México: Fondo de Cultura Económica.

Jornada, L. (15 de Marzo de 2019). Propaganda Sucia: Esclarecimiento necesario. La jornada, pág. 2.

Krauze, E. (1986). Por una democracia sin adjetivos. México: Joaquín Mortiz, Planeta.

- Krauze, E. (14 de Octubre de 2005). Decálogo del Populismo Iberoamericano. El país.
- Krauze, E. (20 de Mayo de 2015). Arqueología del populismo. El país.
- Krauze, E. (20 de Junio de 2017). Para Venezuela, una solución sin precedentes. El financiero.
- Macciocchi, M. A. (1980). Gramsci y la Revolución de Occidente. México: Siglo XXI Editores.
- Meiksins Wood, E. (2000). Democracia contra Capitalismo, La renovación del materialismo histórico. México: Siglo XXI Editores.
- Modonesi, M. (2005). Teoría y Praxis. La experiencia del obrerismo italiano. Bajo el Volcán, Vol. 5, núm. 9, 95-108.
- Modonesi, M. (2015). Fin de la hegemonía progresista y giro regresivo en América Latina. Una contribución gramsciana al debate sobre el fin de ciclo. Viento Sur, 23- 30.
- Modonesi, M. (24 de Noviembre de 2017). Conversando sobre revoluciones pasivas. Obtenido de Desinformémonos. Periodismo de Abajo: <https://desinformemonos.org/category/columnas/el-principio-antagonista/>
- Modonesi, M. (10 de Abril de 2017). El Lenin ecuatoriano y el fin de ciclo de los gobiernos progresistas en América Latina. Obtenido de Desinformémonos, periodismo desde abajo: <https://desinformemonos.org/>
- Modonesi, M., & Svampa, M. (13 de Agosto de 2016). Post-progresismo y horizontes emancipatorios en América Latina. Obtenido de Rebelión : <https://www.rebellion.org/>
- Monares, A. (2012). Una breve historia del libre mercado. En R. González Meyer, & R. H. (Coordinadores), Hacia otras economías: Crítica al paradigma dominante (págs. 35-73). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Moreno Velador, H. (2015). La quimera populista en América Latina, El caso del lopezobradorismo en México (2003- 2006). Puebla, Puebla (México): Facultad de Derecho y Ciencias Sociales BUAP, Piso 15 Editores.
- Oppenheimer, A. (27 de Febrero de 2017). La nueva era de América Latina. New Herald, Miami.
- Sader, E. (2008). Refundar el Estado. Posneoliberalismo en América Latina. Buenos Aires: Instituto de Estudios y Formación de la CTA- CLACSO.

Sader, E. (17 de Septiembre de 2015). ¿El final de un ciclo (que no existió)? Página 12.

Salvat, P. (2012). Del neoliberalismo y algunas señas de identidad. En R. González Meyer, & R. (. Howard, *Hacia otras economías, Crítica al paradigma dominante* (págs. 77-97). Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Stolowicz, B. (2011). *A contracorriente de la Hegemonía Conservadora*. México: Itaca/UAM- Xochimilco.

Stolowicz, B. (2016). *El misterio del posneoliberalismo, Tomo II: La estrategia para América Latina*. Colombia: ILSA- Espacio crítico Ediciones.

Svampa, M. (2011). Extractivismo neodesarrollista y movimientos sociales. ¿Un giro ecoterritorial hacia nuevas alternativas? En M. Lang, & D. Mokrani, *Más allá del desarrollo* (págs. 185- 216). Quito (Ecuador): Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala.

Svampa, M. (2017). *Populismo latinoamericanos en el fin del ciclo progresista*. Sin Permiso.